



KONVERGENCIAS LITERATURA
ISSN 1669-9092
Año III N° 6 Tercer Cuatrimestre 2007

EL CORONEL: UNA CONTESTACIÓN QUIJOTESCA

ACTUAR O NO ACTUAR

Daniel Alejandro Gómez (Argentina)

Mucho se ha escrito y hablado y debatido sobre qué hacer ante una realidad política o social cuando se considera que es injusta, aunque legal. Si acatar, si bien resignadamente y a regañadientes, la ley que se considera injusta, o si contestarla: de palabra o de acto, y en el último caso con violencia o no. Una encrucijada muy palpable y real en los países latinoamericanos, sobre todo en la época del boom, y por ende en su cultura literaria.

Actuar o no actuar ante lo establecido: he ahí el dilema shakespeareano revolucionario de la sociedad latinoamericana y también, claro está, de muchos de sus personajes de ficción; como el personaje del coronel en la novela de Gabriel García Márquez *El coronel no tiene quien le escriba*. Personaje cuya psicología de apacibilidad y de fatalismo y cuya situación de hecho- la vejez y la derrota, en las guerras de su juventud, de sus ideas- restringen a su posible actuación a una indireccionalidad simbólica pero a la vez entrañable y dolorosa en la doblez gallo-hijo.

Pero esa doblez gallo-hijo está debatida en dos polos de posibilidad simbólica respecto a la carga afectiva de ese hijo del coronel asesinado por sus ideas

contestatarias, y que, por lo tanto, influyen en el acto o no del coronel: la tendencia asocial de la esposa del coronel-que simboliza al gallo como la sociedad que ha sacrificado a su hijo y que es un indicio para que el coronel no actué socialmente- y el pueblo, admirador del hijo asesinado del protagonista y que es una atracción del coronel para intervenir, aunque simbólicamente, en la contestación social.

Por otra parte, además de la actitud de la esposa que incide psicológicamente en la actitud social del coronel, hay un escollo que incide físicamente en el coronel en lo que respecta a su contestación hacia lo establecido. Lo establecido que rodea al coronel es un impedimento de hecho para la actuación, entre otras cosas por el poder del dinero. Ello es rastreable en la antítesis desimbolizadora, no afectiva, pragmática y maquiavélica de Don Sabas, un personaje establecido que intentará comprar el gallo; y así en los hechos novelísticos ya que no en la intención solamente material y desinteresada del político hacia lo simbólico, entrañable y afectivo que es el gallo para el coronel y para la sociedad del pueblo- reducir, desimbolizar al gallo- mediante su actitud racional y maquiavélica- a algo material y pecuniario. Muchas veces se dice que los revolucionarios vivos en verdad nunca fueron auténticos revolucionarios. Exageraciones aparte, miremos un poco cómo pinta García Márquez a Don Sabas, respirándose en la narración esos aires de astucia, de maquiavelismo en el personaje gracias a su situación fáctica:

...el único dirigente de su partido que escapó a la persecución política y continuaba viviendo en el pueblo...

Así que ese maquiavelismo, esa razón, triunfa en la realidad; la razón es lo exitoso y domina una realidad, o más bien la realidad de los hechos, que no necesita, aparentemente al menos, ningún símbolo catártico. La razón está ligada a los hechos, y, por otra parte, la descripción de la novela parece acatar la legitimidad de una contestación hacia esos hechos. Como escribe el autor colombiano respecto a Don Sabas en la narración que nos ocupa, describiendo el resultado, exitoso, material, de esa razón maquiavélica:

...Y se despidió en la puerta de su casa, un edificio nuevo, de dos pisos, con ventanas de hierro forjado...

Ante esas *ventanas de hierro forjado*, ante esa razón astuta que triunfa en los hechos de la realidad, el coronel ha de refugiarse en su propio interior, en lo psicológico: en el símbolo y en lo afectivo. Algo no menos real, pero que, hasta el aliento final de la novela, no es social y está prácticamente restringido a la intimidad del coronel, a una catarsis únicamente íntima del dolor paternal.

Así, al momento en que García Márquez nos habla de esas astutas y exitosas *ventanas de hierro forjado* de Don Sabas, nos muestra asimismo al coronel que vuelve a su casa, pero que ha de seguir luchando por el símbolo que el hilo narrativo desvelará si se convierte en el propio acto del coronel ante la sociedad:

El coronel se dirigió a la suya desesperado por abandonar el traje de ceremonias. Volvió a salir un momento después a comprar en la tienda de la esquina un tarro de café y media libra de maíz para el gallo...

Don Sabas, el poder del dinero instaurado en lo maquiavélico y en la razón, intenta comprar al gallo, desimbolizar, ya que no sabemos si conscientemente, sí, al menos en lo que se refiere a la sugerencia del hecho novelístico, al gallo en su valor pragmático y fáctico: el pecuniario.

Como dice Don Sabas, y hablando precisamente de la razón ante el coronel, en ese gesto de desimbolización racional que incluso clasifica al gallo materialmente, en esos novecientos pesos de una posible venta en los que el coronel ni había pensado:

-No sea irrazonable-insistió don Sabas-. Es un negocio de dos filos. Por un lado se quita de encima ese dolor de cabeza y por el otro se mete novecientos pesos en el bolsillo.

-Novecientos pesos-exclamó el coronel...

El coronel concibió la cifra...

La desimbolización de Don Sabas, su visión no simbólica del gallo está clara; pero él no hay ningún símbolo entrañable, no hay ningún símbolo de *emoción*, como la narración misma lo explica. A diferencia de la antítesis no contestataria de la esposa, pero que lleva la *emoción* simbólica del sacrificio social del hijo en el gallo.

Cuando el coronel quiere venderle el gallo por eso novecientos pesos, Don Sabas sigue pensando en una sensatez desimbolizadora y práctica:

-Muy bien, compadre-dijo sin emoción-. Es la cosa más sensata que se le podía ocurrir.

Pero la suya no solamente es una razón triunfante, sino que es una razón triunfante y maquiavélica; la razón del lujo, de la comodidad, afrentada por ejemplo al romanticismo y quijotismo de mulas muertas de hambre que viajan por paisajes salvajes con los fondos de la revolución. El coronel no podía dejar de pensar en este contraste:

Se acordó de los dirigentes de su partido, escrupulosamente peinados, abanicándose en el patio de su casa al compás de la música.

Ante esa razón, según podemos interpretar el texto, cabe la legitimidad de la contestación, siquiera simbólica, y por supuesto la negativa del coronel a desimbolizar el gallo y decidirse entre su esposa y los antiguos compañeros de Agustín para la posesión simbólica del gallo.

La razón maquiavélica de Don Sabas, además, se muestra en el regateo del gallo. Don Sabas había hablado de novecientos pesos, pero cuando el coronel, apretando los dientes según explica la misma narración, va a vendérselo, Don Sabas saca a la luz el maquiavelismo, cuando ofrece cuatrocientos pesos. Explica Don Sabas:

...En otro tiempo cualquiera hubiera dado mil, explicó. Pero ahora nadie se atreve a soltar un buen gallo. Siempre hay el riesgo de salir muerto a tiros de la gallera...

Aparte del hecho objetivo novelístico, el hecho real del regateo, se advierte la deshonestidad en la tendencia subjetiva de la narración. Me refiero a la *desolación aplicada* de Don Sabas:

Se volvió hacia el coronel con una desolación aplicada:

-Eso fue lo que quise decirle, compadre.

En esta breve escena tenemos a los hechos triunfantes ante la posibilidad simbólica de la novela. Es la razón, la sensatez incluso maquiavélica de lo establecido. Ante ello nos encontramos con un personaje, el coronel, que es afectivo, lo mismo que su entorno; y es en esos afectos, dramáticos con la muerte del hijo, donde cabrá encontrar una posibilidad de actuación en el símbolo, entrañable, popular y afectivo, del gallo.

La afectividad

El personaje y el ambiente de la novela son pintados concretamente, y por ello mismo son sencillos, íntimos, directos. Y así es que palabras y conceptos que manejaría la descripción de un revolucionario, o acaso sus diálogos, como sociedad, estado, e incluso términos como revolución, causa y progreso, parecen alejadas del ambiente; o, al menos, una vaga idea de ellas- la idea de la causa encarnada en el pasado, y no solamente encerrada en el actual crescendo simbólico del gallo- está velada, afantasmada en sus sostenedores personales: el coronel Aureliano Buendía y Agustín, el hijo del protagonista. Incluso son nostalgias de pérdida, de derrota, lo que aumenta el aire quijotesco en el silencioso y antirrealista sostenimiento simbólico del pueblo en el gallo y su influjo en el coronel, cada vez más fuerte, hasta llegar al final; a esa irracionalidad de fe, que reúne en el coronel a los afectos sociales con los afectos, en este caso dramáticos, individuales. Allí, en los afectos, se alza la intimidad del pueblo con el coronel: la relación del coronel y los muchachos de las *cuentas alegres*. Una relación cálida, directa y más íntima entre el individuo de la novela, el coronel, y la sociedad que lo rodea; lo que permite el lazo afectivo entre los dos, las tensiones también afectivas, planteadas en la posesión simbólica del gallo de pelea-como hijo o como revolucionario- y en la resolución también afectiva del símbolo.

En efecto, el hijo muerto, amén de toda la afectividad de una situación individual, en este caso la del dolor paternal, afectiviza la relación del coronel con la sociedad, con esa sociedad que admiraba a su hijo: el hijo y el militante, el Agustín del coronel y el Agustín del pueblo se debaten en la novela. Es un caldo de cultivo que impedirá al coronel solamente el afecto de padre, y tendrá que tener en cuenta el afecto de la causa también, pues el hijo se pierde en su función de hijo y en su función de revolucionario. Actuar o no actuar no es solamente parte de una cuestión

ideológica. El coronel asume finalmente el legado de un revolucionario, sí, pero ese revolucionario también es su hijo. Así es que en ese ambiente afectivo, y en ese dilema afectivo y trágico que plantea el hijo muerto en el personaje del coronel, la resolución simbólica será afectiva, calurosa, íntima.

Es el gallo: representa el calor del pueblo con las peleas galleras, lo aguerrido, el desorden y el caos de una lucha quijotesca, del quijotismo que como una púa de fantasma se clava ante la amarga realidad de Don Sabas.

Pero la pintura racional y maquiavélica de Don Sabas se contrapone con la leyenda de la guerra en la época del coronel Aureliano Buendía: quijotesca, romántica, afectiva. La guerra de la juventud del coronel es esa quijotada afectiva y honesta, que es el origen en la realidad del legado simbólico del gallo.

De la guerra se habla de derrota, pero al mismo tiempo de quijotadas: de fondos monetarios que van en mulas, por ejemplo, llegando media hora antes que el tratado de rendición. El coronel había sido tesorero de la circunscripción de Macondo, y había llevado los fondos en dos baúles a Aureliano Buendía:

Llegó al campamento de Neerlandia arrastrando la mula muerta de hambre media hora antes de que se firmara el tratado. El coronel Aureliano Buendía-intendente general de las fuerzas revolucionarias en el litoral Atlántico-extendió el recibo de los fondos e incluyó los dos baúles en el inventario de la rendición.

Ante el maquiavelismo racional, la actuación o no del coronel estará marcada por el antídoto de la afectividad-que no solamente está enraizada en la juventud

guerrera del coronel sino también es actual en el dolor del hijo muerto-del símbolo quijotesco que es el gallo.

Lo afectivo, que está trazado ya en la personalidad del coronel y en su entorno concreto, íntimo, es lo que impide y al mismo tiempo decide el acto o no del coronel respecto a lo social. El hijo muerto también se ha ganado el afecto del pueblo. El coronel tiene una presión social, afectuosa, para la simbolización únicamente revolucionaria del gallo. Como dice el mismo coronel, respecto a los conocidos de Agustín y las peleas del gallo:

-Lo que me preocupa es que esos pobres muchachos están ahorrando.

O también, en la descripción narrativa:

Esa misma tarde, cuando los compañeros de Agustín abandonaron la casa haciendo cuentas alegres sobre la victoria del gallo, también el coronel se sintió en forma.

Pobres muchachos y cuentas alegres ya son adjetivaciones que nos dicen mucho sobre la afectividad que cobra lo pecuniario en el entorno del coronel y en el coronel mismo, y por ende en la relación entre ambos polos que se contraponen a la simbolización negativa de la esposa y, sobre todo, al materialismo desimbolizador de Don Sabas. Son los *pobres muchachos* de las *cuentas alegres* respecto a la victoria del gallo marcas narrativas, como vemos, muy fuera de la semántica a lo que suele asociarse a, nada más ni nada menos, un cálculo material: gravedad, seriedad,

satisfacción. Como se ve, lo pecuniario-*esos pobres muchachos que están ahorrando; cuentas alegres sobre la victoria del gallo*-son excusas materiales para la simbolización, que es una simbolización afectiva ante, por ejemplo, los novecientos pesos de Don Sabas que intentan la desimbolización del gallo, que intentan convertir al gallo en un animal y quitarle su carga afectiva...

Y trágica.

La posibilidad de la actuación

Aunque la intimidad del coronel, el dolor paternal, es algo que a priori parecería indisponerlo socialmente-pues la esposa del coronel, como acusando a esa sociedad por sacrificar a su hijo, es una tendencia individualizadora del dolor del protagonista-, será esa misma intimidad la que al final lo acerque a los requerimientos del pueblo: finalmente, el hijo muerto no es solamente el hijo, también es el revolucionario asesinado por sus ideas.

Pero la esposa también tiene indicios de desimbolización del gallo, acaso de neutralización. En esos casos el gallo es algo físico, fáctico, incluso analizable racionalmente en lo físico:

-A mí me parece un fenómeno: tiene la cabeza muy chiquita para las patas.

Pero también, en clave más afectuosa pero acusadora ante esa sociedad, la mujer también califica con una negatividad estética, con una negatividad sensible al gallo:

-No sé qué le han visto a ese gallo tan feo-dijo la mujer...

Y en otro lugar, haciendo más patente su simbolización negativa del gallo, dejando de lado excusas estéticas y materiales, y uniendo, negativamente, al gallo y a Agustín:

Esos malditos gallos fueron su perdición...

-Me parece que lo estuviera viendo cuando salió con el gallo debajo del brazo. Le advertí que no fuera a buscar una mala hora en la gallera...

La esposa, sobre el final de la novela, le espeta al coronel sobre sus preocupaciones pecuniarias. Esas preocupaciones materiales que no son más que excusas simbólicas para la intimidad del dolor individualizador de la esposa, para ese pedido y presión asocial hacia el coronel: en contra de todo ese mundo que rodea al coronel que *tiene su vida asegurada*. Y es a ese mundo al que la esposa culpa de la muerte del hijo:

..Ahora todo el mundo tiene su vida asegurada y tú estás muerto de hambre, completamente solo.

Como se ve, el coronel no responde a lo de *muerto de hambre*, que es lo material; solamente responde desde un punto de vista social, patentiza la visión social que siempre estuvo latente ante su esposa incluso en el dolor del hijo muerto. Y entonces, socializando a su dolor y, por ende, al símbolo del gallo, le dice reveladoramente a la mujer:

-No estoy solo.

La causa del revolucionario-combatiente, aguerrida como ese mismo gallo de pelea, es algo con lo que el coronel puede empalzar no solamente como hombre-ante la típica inmovilización política de mujeres como la esposa del coronel en los países latinos-, sino también como antiguo combatiente de una causa derrotada. Es algo que cohesiona con su dolor de padre y que le permite actuar en la sociedad.

Pero no en una actuación personal y en carne y hueso, no en una contestación directa y usual y, valga la paradoja, ortodoxa: sea por su fatalista y dulce y plácida, y, sobre todo, resignada vejez o por el escarmiento de la derrota en carne y hueso de sus ideales en las guerras de su juventud, patente en el hecho de los poderes racionales y maquiavélicos establecidos en el pueblo y que parecen dominar al personaje incluso psicológicamente, para el coronel el acto contestatario físico, como la toma de armas, ha quedado atrás en un velo de nostalgia romántica y de quijotismo derrotado en la acción.

Su acción, su única acción posible en la actualidad novelística será así simbólica y a un tiempo afectiva en ese gallo-hijo; y será, ya que no de hecho pues la vejez y acaso el recuerdo escarmentador de sus derrotas acaso se lo impide, sí un quijotismo

simbólico, a diferencia del quijotismo fáctico de las guerras. De esa manera el acto social afectivo, quijotesco, vence, al menos en el interior del coronel, en esa psicología que en un principio parecía también dominada por los poderes, al hecho triunfante y racional de los poderes establecidos.

La posibilidad de actuación no está dada solamente por la negación de la materialidad del gallo ante Don Sabas, o por la visión más positiva del dolor ante la esposa: el gallo como representante de ese pueblo con el que mantiene una relación afectiva. También hay una posibilidad de actuación negativa, que nace del dolor. O más bien de las causas del dolor.

En efecto, la psicología del coronel y los hechos están bien disociados cuando el coronel se encuentra con el asesino de su hijo. El coronel cae en una batida de la policía cuando tiene una hoja clandestina en el bolsillo. El asesino de su hijo, al que ve por vez primera, lo está apuntando en el vientre. Como dice el relato:

El coronel apretó los dientes y apartó suavemente con la punta de los dedos el cañón del fusil.

-Permiso-dijo.

El coronel aprieta los dientes, aparta *suavemente* y pide *permiso*. No actúa, se somete. Pero más allá de su relación tímida con Don Sabas, con el abogado, y en lo que respecta al hecho de la espera de la pensión y la humillante y emblemática cantinela del administrador de correos, que acentúa la timidez y la derrota del coronel: *El coronel no tiene quien le escriba*, su psicología es, en este caso, una contestación:

aparta *suavemente* y pide *permiso*, pero también *apretó los dientes*. Los hechos fácticos, apartar con suavidad y pedir permiso para pasar ante el asesino de su hijo, están ante un gesto psicológico- apretar los dientes-; un gesto que no tiene facticidad, pues el coronel tiene que someterse al asesino de su hijo y a la batida de la policía, todo en uno. Pero como reza el dicho: somos reyes cuando soñamos y mendigos cuando estamos despiertos. Así que el coronel tiene un camino con el gallo: hacer a ese interior que resiste y que aprieta los dientes ante el sometimiento, a esa psicología, un hecho triunfante en su interior mediante el símbolo.

Esta escena, pues, nos permite una posibilidad para la socialización del dolor en el coronel, para el camino que va del gallo como representante del hijo al gallo como representante del hijo revolucionario.

El asesino de su hijo-causante del dolor paternal-es al mismo tiempo miembro de una batida de la policía; es parte de lo social establecido: la causa del dolor paternal del coronel es la misma de su malquerencia social. La misma doble función dolorosa del asesino será la doble función del símbolo contestatario, de ese gallo de los *pobres muchachos* con sus *cuentas alegres*; ya que el coronel que no puede actuar directamente, y que está viejo y derrotado, ha de pedir permiso, ha de conducirse con suavidad... Pero sigue apretando los dientes.

La resolución quijotesca

Don Quijote, lo sabemos, pierde la razón leyendo libros. El mundo real se desvanece ante él, pero, en gran parte de la novela cervantina y ante la realidad fáctica de la derrota del héroe, ante arrieros que lo golpean y esas cosas, Don Quijote triunfa en su imaginación, en su locura de idealizaciones y sueños de caballerías. Así en el mundo hispano, en Latinoamérica y en España, ha sido visto el quijotismo.

Ante la derrota, ante lo imposible, el espíritu hispano se ciñe a la lanza en ristre y acomete alocadamente a los molinos de viento: también de esa forma se presenta la ficción del coronel y de Aureliano Buendía. El coronel y Aureliano han luchado quijotescaamente, con esas mulas muertas de hambre llevando los fondos de la guerra y la extensión de recibos de los dos baúles... Pero el coronel parece haber sobrevivido a su propia derrota, a su hijo y al coronel Aureliano Buendía. Vive en una constante derrota ante los hechos, y en los hechos mismos se somete a la esperanza. Pero, aunque mantiene tratos aquiescentes con la legalidad jurídica y espera el reconocimiento del gobierno en la pensión, el anciano no está derrotado del todo: los hechos fácticos a veces hacen salir la contestación solamente interior, psicológica del coronel; como en la escena del asesino del hijo.

El símbolo, el gallo con el que sigue resistiendo, tampoco es factible sostenerlo siquiera materialmente; mas las ideas del coronel a favor del símbolo se van abriendo camino ciega, quijotescaamente luego del maquiavelismo regateador de Don Sabas, de la aparición sometedora, pero resistida psicológicamente, del asesino del hijo y de los lapidarios y acusadores diálogos con la esposa. Y este símbolo que se abre paso y que, como Don Quijote, puede ser derrotado, se convierte no solamente en un símbolo que reasume el legado de las derrotas fácticas de juventud, sino también en un símbolo quijotesco en la actualidad. En un símbolo cuya realidad acaso será también

la derrota en los hechos, como Don Quijote, pero ante la sociedad...; aunque pueda ser victorioso en el interior del personaje principal.

El coronel había estado esperando la pensión. Se trataba con un abogado, hablaba de papeles, había algo de racional en el coronel y su búsqueda de la pensión. Esa pensión que, sin embargo, tiene componentes emotivos: pues el dinero de la pensión permite aunar lo individual y lo social también, puesto que es el dinero que necesita el coronel para la subsistencia individual, sí, pero también es el reconocimiento, con componentes afectivos, sociales. Es el reconocimiento de la sociedad establecida del gobierno en la que el coronel, en cierta manera y aunque muy superficialmente, sigue creyendo.... O parece seguir creyendo. Pero cuando la sociedad establecida no cumple su propósito, el coronel se va acercando más al pueblo, a los ex camaradas de Agustín. El reconocimiento fáctico se aleja, y se presenta el reconocimiento simbólico, la catarsis de su dolor individual y de su derrota social que implica un acto contestatario en el gallo de pelea del coronel.

Don Quijote era idealista en su mente idealista. El coronel termina también abocado a las ideas, a lo psicológico: al símbolo. Pero la contestación, el acto del personaje ante esa Latinoamérica concreta, amarga, cargada de ideologías en pugna, joven y vieja, optimista y escéptica a la vez, se resume en la frase final del coronel; cuando, luego de demoler uno por uno los argumentos desimbolizadores o simbólicamente negativos de su esposa con el enceguecimiento antirracional de su fe, dice con el aliento caliente y palpitante de ese gallo que es como los molinos de viento de la Latinoamérica del siglo XX:

-Mierda.